COLECCIÓN HISPANIOLA, 65

REFLEXIONES SOBRE ESPAÑA

10 años EL INDEPENDIENTE

© De los textos, Victoria Prego
© Del prólogo, Casimiro García-Abadillo
© Del epílogo, Pedro Rollán Ojeda
Edición de Ana Arias y Fernando Palmero
© Imagen de portada: *Turba IV* (2005), Andrés García Ibáñez

© Confluencias, 2026
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Corrección editorial: Leonardo Caro Calvo
Impreso en España

ISBN: 979-13-991434-1-6
Depósito legal: AL-498-2026

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

VICTORIA PREGO

REFLEXIONES SOBRE ESPAÑA

Sus mejores análisis en *El Independiente*

Prólogo
Casimiro García-Abadillo

Epílogo
Pedro Rollán Ojeda

Edición
Ana Arias y Fernando Palmero

CONFLUENCIAS
EDITORIAL

Índice

PRÓLOGO
Una mirada crítica y amarga 11

NOTA A ESTA EDICIÓN 15

ASEDIO A LA MONARQUÍA CONSTITUCIONAL

Juan Carlos, Rey: lo que le debemos 21
Felipe VI nos devuelve la esperanza 35
Juan Carlos de Borbón, el verdugo de la Monarquía del Rey Felipe 39
La salida del Rey emérito o el fantasma de Alfonso XIII 47
España no puede permitirse que Juan Carlos I muera fuera de su país 55

PEDRO SÁNCHEZ, MANUAL DE RESISTENCIA

No corráis, que es peor 63
¿Volver a empezar? 67

El PSOE ha muerto, nace un nuevo PSOE 73
Sánchez lo volverá a hacer 79
La huida hacia delante de un presidente sin escrúpulos 85
Nuestra democracia está muy enferma 91
La segunda, humillante y definitiva claudicación 97
El Partido Socialista, devastado internamente 105
... Y todo esto por siete votos 109

EL INDEPENDENTISMO DISOLVENTE

Envueltos en embustes y desesperados 115
Una independencia declarada ante el vacío 121
Una triste mascarada inútil 125
Por fin en pie 131
Ha declarado la independencia, claro que sí 137
Un 155 tan inevitable como deseado por sus «víctimas» 143
El legado de Tarradellas, en peligro tras 40 años de éxito 149
La gigantesca infamia de una fuga innoble 161
Un golpe demoledor para la España democrática 167
El viejo desdén hacia España continúa vivo 171
Una declaración de guerra 177
La Constitución, digan lo que digan, no permite la amnistía 183

LA FALSEADA MEMORIA DE ESPAÑA

La huella de Franco en el Valle de los Caídos es imposible de borrar 189
La España recuperada 195
La maltratada Historia de España 203
Un intento inconstitucional e infame de reventar el pacto de la Transición 209

OTEGI O EL BLANQUEAMIENTO DE ETA

La cólera de los españoles vista desde la Puerta del Sol 219
La política de dispersión de presos etarras se ha acabado 227
Otegi no se arrepiente, busca hacerse un sitio en el juego político 231
Bildu asoma la patita en Navarra 237

ASALTO POLÍTICO A LA JUSTICIA

La independencia del Poder Judicial, eternamente amenazada 243
La UE pone firme al Gobierno sobre el Poder Judicial 249
Las instituciones españolas, de rebajas 255
No esperemos nada del nuevo Fiscal General del Estado 261
Un Poder Judicial arrasado 267

FRENTE A LA
POLARIZCIÓN, MESURA

Ciudadanos, un caso claro de parricidio 273
Llamamiento a la mesura 279
A Irene Montero le viene muy grande el cargo 287
Pablo Casado se ha suicidado 293
Yolanda Díaz, la emperatriz de la nada 299
Podemos ha muerto 303
Vox está acorralando al PP 307

EL ESTADO DEL BIENESTAR
ES COSA DE TODOS

¿Y dónde está la defensa
del interés del ciudadano? 313
Sindicatos en horas bajas 317
No todo lo que la ley no prohíbe
se puede, o se debe, hacer 323
Los pensionistas no tienen toda la razón 329
Reeditar los Pactos de La Moncloa,
un objetivo imposible a día de hoy 335

EPÍLOGO
Victoria Prego: oficio, rigor,
independencia y libertad 343

PRÓLOGO

Una mirada crítica y amarga

Victoria Prego no era una periodista de partido. Ahora su figura resultaría un tanto anacrónica. ¿En qué lado habría que sentarla en una de esas tertulias en las que la audiencia viene determinada por la bronca: a la derecha o a la izquierda? Tampoco era muy dada a las redes sociales (su cuenta de *X* se gestionaba desde el periódico) porque le parecía una frivolidad decir lo que uno piensa sobre temas serios en dos líneas y media.

No era, por tanto, el arquetipo del nuevo periodismo. Pero sus artículos eran un modelo de coherencia, fino análisis y cuidada escritura. Releyendo los textos que hemos seleccionado, entre los más de 1.000 que escribió para *El Independiente*, para este libro, en cuya publicación coinciden el segundo aniversario de su fallecimiento y el décimo del nacimiento del periódico del que ella fue fundadora, se percibe una evolución, una mirada, cada vez más pesimista sobre el futuro de España.

Ella, optimista por naturaleza, la alegría de la redacción, veía cómo se iban carcomiendo las vigas de nuestra democracia, construidas sobre amplios consensos que forjaron la Transición, de la que ella es cronista por excelencia. Victoria, como ya he dicho, no militaba, no se alineaba con ningún partido, pero sí que se preocupaba por su país. El intento de golpe del independentismo catalán, el blanqueo del brazo político de ETA, la pérdida de principios básicos en la acción política, la lamentable etapa final de don Juan Carlos... la hacían vaticinar un momento crítico para nuestro sistema político, un *shock* sistémico del que sólo pueden sacar partido los populismos.

Desde el 1 de mayo de 2024, fecha en la que nos dejó, hasta ahora, las cosas han ido incluso a peor. No hay ninguna posibilidad de encontrar puntos de encuentro entre los dos grandes partidos, la corrupción debilita a un Gobierno que cada vez tiene que hacer más cesiones para mantenerse en el poder, y hay una pulsión, tanto a la derecha como a la izquierda, por volver a crear dos bloques irreconciliables, como los que nos llevaron a la Guerra Civil que desangró a España y concluyó con una dictadura de 40 años.

Victoria Prego nos previno de esos peligros, probablemente antes de que la mayoría se diera cuenta de lo que se nos venía encima. El periodista, además de dar información veraz, tiene la obligación de aportar con su análisis una visión profunda de los acontecimientos, de ver qué hay debajo de la superficie. Por desgracia, muy pocos tienen esa capacidad. Victoria

nos advirtió de todo ello, con un toque de amargura. El mejor homenaje que podemos rendirle es continuar con su legado y apelar siempre a la sensatez y al diálogo. Ella siempre lo hizo.

Casimiro García-Abadillo
Director de *El Independiente*

NOTA A ESTA EDICIÓN

Los textos seleccionados en esta antología son la plasmación de la preocupación de Victoria Prego por el devenir de nuestro país en su última, pero muy fecunda, etapa periodística, en la que fue testigo de primera mano del abrupto final del Gobierno de Rajoy y de la moción de censura que llevó al poder a Pedro Sánchez (cuya pulsión antisistema supo ver enseguida) de la mano de un heterogéneo grupo de partidos nacionalistas y de extrema izquierda que aspiran a implosionar la democracia española y refundar sobre sus escombros un nuevo régimen de corte confederal, para lo cual no cesan en sus constantes ataques a la Monarquía, símbolo de la unidad nacional, o mediante la organización de referéndums de secesión ilegales, dando carta de legitimidad a los herederos de ETA, o dejando sin efecto la separación de poderes con el ataque sistemático al Poder Judicial.

Los análisis aquí recogidos fueron publicados en *El Independiente* y han sido agrupados temáticamente para presentar, de manera sintética, las claves de su

pensamiento en relación con los problemas actuales de España. En todos ellos puede rastrearse el espíritu humanista del clásico que recomendaba no olvidar los principios fundacionales de nuestra democracia para garantizar su estabilidad y permitir que se prolongue el mayor tiempo posible este régimen de convivencia, progreso y desarrollo del que disfrutamos desde hace ya medio siglo.

REFLEXIONES SOBRE ESPAÑA

ASEDIO A LA MONARQUÍA CONSTITUCIONAL

Juan Carlos, Rey: lo que le debemos

1 de julio de 2017

La ausencia en el Congreso del Rey emérito Juan Carlos de Borbón en el acto solemne de conmemoración de los 40 años de las primeras elecciones democráticas ha desatado una polémica que ha tenido el efecto de dejar en segundo plano el valor simbólico de la celebración y la importancia del alcance del discurso del Rey. Pero que Don Juan Carlos no haya sido invitado a un acto que tenía por objeto celebrar, conmemorar y poner en valor lo que ha sido su obra política nos mueve a recordar tan sólo una parte de la contribución del hoy Rey emérito a esta España próspera, pacífica y plenamente democrática e integrada en la Unión Europea que, también con todos sus innegables problemas y dificultades, disfrutamos los españoles.

Para empezar, hay que decir que a Juan Carlos de Borbón el franquismo no lo quería. La Ley de Sucesión de 1947 dice que España se constituye en Reino y otorga a Franco la potestad de elegir a su sucesor

a título de Rey o de Regente del Reino, sucesión que tendría que ser ratificada por las Cortes franquistas. Pasan 22 años hasta que Franco se decide a informar al entonces Príncipe de España de que va a ser nombrado su sucesor, cosa que hace en enero de 1969. En ese tiempo Juan Carlos de Borbón, ya casado y con tres hijos, ha padecido en innumerables ocasiones la auténtica hostilidad del franquismo hacia la Monarquía, cosa que muchos manifiestan sin recato en su presencia. Tan es así que, cuando Franco decide por fin acudir a las Cortes el 22 de julio de 1969 para anunciar el nombramiento de su sucesor, una buena parte de sus ministros y de los procuradores con mayor influencia dentro del régimen intentan que Franco se ausente de las Cortes nada más anunciar su decisión para así dejar votar a los procuradores sin tener delante al General. Proponen además que la votación sea secreta. Éste no es más que el síntoma del nivel de desagrado que produce en muchos franquistas la idea de que a Franco le suceda un Rey y que ese Rey sea además Juan Carlos de Borbón, hijo del Conde de Barcelona y nieto de Alfonso XIII. Pero Franco no acepta tales sugerencias y se queda presidiendo la sesión de las Cortes todo el tiempo que dura la votación, que se hace, además, nominal, de modo que cada procurador tiene que formular su voto delante de Franco cuando, uno a uno, se les llama por su nombre. Aun así, hay 491 votos afirmativos, pero hay 19 negativos y 2 abstenciones.

De 1969 a 1973 la situación de los Príncipes de España es ambigua y poco fácil. Don Juan Carlos no

tiene asignado papel alguno dentro del protocolo y por otra parte surgen corrientes dentro del propio régimen que apuestan por la candidatura de su primo Alfonso de Borbón, que se ha casado con la nieta de Franco y del que esos sectores tienen la casi seguridad de que sería un perfecto *Rey del Movimiento*, un rey rigurosamente franquista, continuador impecable de la obra de Franco en todos los órdenes. Franco está ya viejo y padece Parkinson, pero resiste las fuertes presiones, hechas desde su entorno más próximo, para que cambie su decisión final y aparte al Príncipe Juan Carlos de la sucesión a la jefatura del Estado en favor de Alfonso. Es más, tras el asesinato por ETA del presidente del Gobierno, almirante Carrero Blanco, y durante todo ese delicadísimo período, don Juan Carlos no es consultado ni informado por Franco ni por ninguno de sus próximos en las esferas del poder. Es evidente que el régimen no tiene interés alguno en adjudicarle un papel mínimamente relevante que desempeñar y que pueda ir integrándole en la función política a la que está destinado. Porque lo que en realidad se proponen quienes ocupan esas esferas de poder dentro del régimen es que, a la muerte de Franco, el Rey asuma un papel meramente simbólico y de lucida representación ante el exterior.

Pero el entonces Príncipe ya tiene otros planes, sobre los que se cuida muy mucho de no compartir con casi nadie. Lleva años soportando en silencio la especie, muy manejada entre los poderosos de régimen, de que es un joven tan largo de estatura como corto de ideas y ha tenido buen cuidado de no manifestar

en público sus preferencias políticas para España, aunque sabe que tendrá que conquistar el respeto y la consideración de los países democráticos, que en esos momentos no otorgan la menor credibilidad a esa absurda y pintoresca fórmula de «Monarquía reinstaurada» que ha puesto en pie el dictador. Pero sus preferencias políticas están ya claras y hay una anécdota que demuestra que lo que aquí se dice es cierto. En 1972, en el curso de una visita oficial a la República Federal de Alemania, los Príncipes de España almuerzan con el presidente de la República, el socialdemócrata Gustav Heinemann. Fue un encuentro frío que, como periodista, cubre Miguel Vermehren, corresponsal en España de la cadena de televisión alemana ZDF: «Al presidente alemán no le hacía ninguna gracia tener que recibir al "príncipe franquista" como él le llamaba, pero el Gobierno había insistido. Terminado el almuerzo, ninguno de los presentes, que conocían el ambiente en que se estaba desarrollando el encuentro, se sorprendió lo más mínimo cuando se avisó enseguida de que los Príncipes iban a salir ya. Pero no salieron. Pasaron más de 40 minutos y por fin aparecieron los Príncipes y sus anfitriones muy sonrientes. ¿Qué había sucedido? Luego supimos, y el Príncipe me lo confirmó más tarde, que, ya en los postres, Heinemann había preguntado en tono paternalista a don Juan Carlos por sus aspiraciones para el futuro. "Señor presidente, lo que yo querría es llegar a ser el rey de una república". Ahí se rompió el hielo y el sorprendido presidente alemán decidió profundizar más en esa conversación».

En 1974, el Príncipe de España hace, con la máxima discreción, una operación de aproximación, tenue, a las formaciones de la oposición templada al régimen. Al palacio de La Zarzuela acuden, de manera casi clandestina, representantes de la política y del mundo sindical de nuestro país y del extranjero. Pero necesita algo más, necesita que las fuerzas de la oposición democrática empiecen a saber que «el sucesor franquista» se interesa por su existencia y por sus exigencias, lo cual le resulta esencial para ir intentado deshacer poco a poco falsas impresiones. Y toma entonces una decisión de cierto riesgo: se pone en contacto con su amigo de la infancia Nicolás Franco Pasqual de Pobil, sobrino del general, para que tantee a las fuerzas de la oposición, incluidas las de la oposición democrática, todas ellas ilegales por entonces, para conocer su posición ante el futuro tras la muerte de Franco y, sobre todo, cuál es su actitud ante la Monarquía. El sobrino del dictador llega hasta el terreno de la izquierda socialista: habla con Tierno Galván y con Felipe González para quien el Príncipe «no ocupa ningún lugar en su visión de la España futura», recuerda Nicolás Franco. Y esa es una opinión general. En lo que se refiere a la consideración que los políticos tenían de don Juan Carlos y de su posible papel en el futuro de España la conclusión no puede resultar para él más desoladora: «El Príncipe partía desde una posición de cero para la mayoría de ellos».

Pero a la particular encuesta de opinión elaborada por Nicolás Franco le falta un dato esencial: la opinión del Partido Comunista. El Príncipe quiere saber tam-

bién qué opina del futuro Santiago Carrillo. Así que, en el máximo secreto, porque aquí sí que se juegan todos mucho más que un disgusto, el sobrino de Franco se entrevista con el líder comunista en París gracias a la mediación de ciertas personas. «A mí me interesaba decirle» recuerda Carrillo, «que para nosotros la alternativa no era Monarquía o República sino democracia o dictadura». El Príncipe, dice Nicolás Franco que le insinuó a Carrillo sin decirle claramente de parte de quién venía, «necesita seis meses de tranquilidad. Él va a traer la democracia, pero necesita que no se le acorrale con incidentes que puedan tener gravísimas consecuencias e impedir la consolidación de los avances hacia la democracia». «De todos modos», dice Carrillo, «yo deduzco que en el régimen se están moviendo muchísimas cosas». Lo relevante de esta situación, además del hecho en sí, es que demuestra cuál era el propósito político de don Juan Carlos si un día llegara a reinar. Y también el riesgo que corría con esta acción, porque si se llega a saber que él era el inspirador del encuentro del sobrino de Franco con la «bestia negra» del régimen, sus posibilidades de acceder al trono se hubieran visto rápidamente reducidas a cero.

Mientras tanto, al Príncipe Juan Carlos no le hace caso nadie en España. Desde luego, no le hace ni caso el presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, pero tampoco se lo hacen la oposición democrática ni la oposición moderada. No tiene el apoyo de los monárquicos, que consideran, con razón, que el titular de los derechos dinásticos es su padre, Don Juan de

Borbón. Tampoco lo tiene de la oposición de izquierdas, que es abiertamente republicana y defiende en cualquier caso la ruptura total con el régimen, lo cual incluye la monarquía franquista encarnada por él. No lo tiene, como ya se ha explicado, del propio régimen. Y no lo tiene de la población española para la que este Príncipe es fundamentalmente un desconocido. Cuenta, eso sí, con el respaldo efectivo de un amplio grupo de jóvenes políticos de procedencia mayoritariamente democristiana y también con el de los llamados *reformistas del régimen*, o aperturistas, gentes procedentes del Movimiento pero que apuestan por una evolución del sistema que lleve al país a unas mayores cotas de libertad y democracia.

Franco muere el 20 de noviembre de 1975 y nadie del Gobierno, de su presidente para abajo, se toma la molestia de informar del hecho a su sucesor. Es el médico personal de Franco, el doctor Pozuelo, quien le transmite la noticia. Muerto Franco, el ya Rey hereda todos los poderes de su antecesor, lo cual significa que podría haberse convertido en una auténtica *rara avis*, en el representante de una monarquía absoluta del tipo de las que dejaron de existir en Europa en el siglo XIX. Sin embargo, el Rey no pretende eso, sino todo lo contrario: pretende devolverle los poderes al pueblo. Pero como de momento es un Rey que en teoría gobierna, aunque su radio de acción está limitadísimo por los franquistas, que siguen ocupando todos los resortes del poder, sí interviene algo en la composición del nuevo Gobierno de Carlos Arias, a quien no ha tenido fuer-

za suficiente para poder sustituir. Y logra incluir en el nuevo equipo a unos cuantos ministros, que aportan un acento más liberalizador: José María de Areilza, Joaquín Garrigues Díaz-Cañabate, Manuel Fraga (considerado un peligroso reformista por los ortodoxos del régimen) y un puñado de los «hombres del Rey» que le apoyaron cuando era Príncipe: Alfonso Osorio, Adolfo Suárez, o Leopoldo Calvo-Sotelo.

Este es el Gobierno que va a intentar hacer una reforma política que no llegará a término, entre otras cosas porque su presidente, Carlos Arias Navarro, es incapaz de dejar de sentirse el albacea de Franco, lo cual le inhabilita para abordar un proceso de apertura política hacia la democratización del país. Pero mientras el Gobierno se debate entre sus propias contradicciones y cada ministro hace su política en la dirección que cada uno cree más conveniente, el Rey vuelve a ponerse en contacto por vía interpuesta con Santiago Carrillo. Esta vez es Manuel Prado y Colón de Carvajal quien acude, sin credenciales de ningún tipo, a decirle al presidente rumano Nicolae Ceaucescu, por entonces muy apreciado en las cancillerías occidentales y amigo del líder comunista español, que transmita a éste un mensaje del Rey: «El Rey está decidido a devolver las libertades a su pueblo y sabe que esas libertades sólo pueden recuperarse para todos a través de un sistema democrático. El Rey está convencido de que la democracia en España sólo se puede construir con la integración y la ayuda de todas las tendencias políticas del país y se compromete a

que las instituciones consideren la legalización de todos los partidos, incluido el suyo. No hay plazo, quizá un año o dos, pero el Rey pide que el señor Carrillo cese en sus ataques a la institución monárquica y en sus descalificaciones al proceso político que se va a poner en marcha». La operación es, de nuevo, muy arriesgada porque, de haberse conocido en ese momento, la frágil institución monárquica habría quedado pulverizada a manos de los franquistas que, no se olvide, seguían ocupando todos los grandes centros del poder de España.

«O liquidas a Arias, o esto se acaba». Es lo que le dice a su hijo el Rey, su padre, Don Juan de Borbón. Y es que la necesidad urgente de prescindir del presidente del Gobierno se comenta ya entre los propios ministros, está presente en los medios de comunicación y es tema frecuente de conversación en el palacio de La Zarzuela entre el Rey y su mentor de juventud y ahora presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, Torcuato Fernández Miranda, el único nombramiento que le ha sido posible hacer al Rey tras asumir la jefatura del Estado. Por eso, en el mes de abril Don Juan Carlos toma una decisión insólita: critica abiertamente a Carlos Arias Navarro en un artículo publicado por un periodista belga en la revista *Newsweek* en el que se recoge que el Rey de España considera que su presidente del Gobierno «es un desastre sin paliativos que se ha convertido en el abanderado de ese poderoso sector de franquismo llamado *el bunker*». Pero Arias no se da por aludido y no presenta la dimisión.

El Rey hace en junio un viaje oficial a Estados Unidos y ante el Congreso y el Senado norteamericanos reunidos en sesión conjunta dice esto: «La Monarquía hará que, bajo los principios de la democracia, se mantengan en España la paz social y la estabilidad política, a la vez que se asegure el acceso ordenado al poder de distintas alternativas de gobierno según los deseos del pueblo libremente expresados». Ya sólo queda echar a Arias del Gobierno, cosa que sucede el 1 de julio de 1976. El día 3, el país se entera estupefacto de que el nuevo presidente del Gobierno es un segundón de la política, un tal Adolfo Suárez, hasta entonces ministro Secretario General del Movimiento que, además, compone un gobierno de segundones como él. El desprecio y el desencanto es general pero el Rey preside el primer Consejo de Ministros de ese Gobierno y les dice: «Obrad sin miedo». Y así lo hacen. En el segundo semestre de 1976, la realidad política cambiará con rapidez y estará dirigida a dos objetivos esenciales: lograr el acercamiento a las fuerzas de la oposición democrática y abrir definitivamente el camino de España hacia la democracia.

Nadie duda ni por un momento de que el Rey está detrás de todos y cada uno de los muchos movimientos que hace ese Gobierno y, en particular, del presidente Suárez, lo cual significa que un fracaso de Suárez y de sus ministros en su compromiso asumido públicamente de llevar al país a una democracia plena será también, y en la misma medida, un fracaso del Rey y de la Monarquía que él encarna. La apuesta es

inmensa y nadie sabe si se va a poder ganar. Pero aquí el Rey es consciente de que se la juega a todo o nada.

En el mes de septiembre de ese mismo año de 1976, el presidente Suárez acude a la televisión para presentar la Ley para la Reforma Política elaborada por Torcuato Fernández Miranda. Esa ley es la llave destinada a abrir la puerta que da camino a la democracia. Pero, de acuerdo con el propósito del Rey y de su Gobierno, toda modificación legal deberá hacerse por la vía de la reforma, «de la ley a la ley pasando por la ley», lo cual significa que, de acuerdo con el artículo 10 de la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, la quinta Ley Fundamental del franquismo, esa ley deberá ser aprobada primero por las Cortes franquistas y luego refrendada por el pueblo español.

Finalmente, la Ley es aprobada por los procuradores de Franco y refrendada por los españoles. Eso supone un respaldo formidable a la vía reformista decidida por el Gobierno, pero también supone un importante refuerzo a la Monarquía puesto que, dado que el Rey es citado en varias ocasiones dentro del texto legal, la institución adquiere desde entonces un respaldo democrático que la fortalece de manera muy considerable.

El riesgo que corre el Rey, protegiendo y alentando en todo momento la actuación política de Adolfo Suárez, se pone especialmente de manifiesto en el período que va desde el mes de febrero de 1977 a la Semana Santa de ese mismo año. Porque es en febrero cuando el presidente del Gobierno toma la decisión

de entrevistarse en el más absoluto de los secretos con el secretario general del Partido Comunista de España, Santiago Carrillo. La operación es extraordinariamente arriesgada no sólo porque el PCE es un partido ilegal sino, sobre todo, porque ese partido es considerado por el franquismo el gran enemigo del régimen y de los altos mandos militares que, en su mayoría, habían luchado al lado de Franco durante la Guerra Civil y que tenían muy a gala el haber «derrotado al comunismo internacional». El Rey es de los muy pocos que están al tanto de lo que Suárez se propone hacer y es de los poquísimos que le apoya en esta peligrosa iniciativa. Don Juan Carlos sabe bien que, si llega a saberse que el presidente del Gobierno celebra un encuentro clandestino con el líder de los comunistas españoles, el presidente y su Gobierno podrían no durar ni dos días y que ese «error» podría acabar arrastrando también a la Corona. Pero, a pesar de que conoce perfectamente los riesgos que esa acción comporta, el Rey respalda a su presidente. Él ya ha asumido ese riesgo en el pasado y sin ningún apoyo. Adolfo Suárez acudirá a esa entrevista con el suyo.

El país recibe estupefacto el 9 de abril la noticia de que el Gobierno acaba de legalizar al Partido Comunista de España. Una extraordinaria indignación recorre inmediatamente las salas de armas de los cuarteles españoles porque casi todos los generales que hicieron la Guerra consideran una afrenta y una humillación que su *bestia negra*, el comunismo, a la que habían derrotado hacía 37 años, se cuele de nuevo en

España y encima por la puerta grande, de la mano de una decisión del Gobierno. La consecuencia inmediata es que el ministro de Marina, el almirante Pita Da Veiga, presenta su dimisión y los otros dos ministros militares dudan si hacer lo mismo. Ningún almirante acepta sustituirle. Finalmente, un almirante en la reserva asume el cargo. La situación política en España se convierte en explosiva. Pero lo que importa destacar aquí es que el Rey tuvo que emplearse muy a fondo esos días para calmar los encendidos ánimos de los altos mandos militares. Finalmente, lo logra en buena medida a pesar de que el Consejo Superior del Ejército hace público un duro comunicado, que es la versión suavizada del comunicado original, en el que se afirma que «la legalización del Partido Comunista ha producido una repulsa general en todas las unidades del Ejército» y en el que se recuerda al Gobierno que «el Ejército, unánimemente unido, considera obligación indeclinable defender la unidad de la Patria, su bandera, la integridad de las instituciones monárquicas y el buen nombre de las Fuerzas Armadas». Pero finalmente la actuación del Rey consigue que las aguas vuelvan poco a poco a su cauce.

El 15 de junio de 1977, cuyo 40 aniversario acabamos de conmemorar, es más que ninguna otra posterior una jornada de iniciación a la libertad y, por eso, es una auténtica fiesta para los españoles. El 77,1% del censo acude a las urnas. Es una participación masiva, especialmente en un pueblo que acaba de salir de cuatro décadas de inmovilización política. Y es un

éxito de todos los españoles, pero indudablemente lo es de quien, desde la jefatura del Estado y aún mucho antes de llegar a ella, tuvo el propósito decidido de devolver al pueblo en democracia los poderes que él había heredado de Franco.

El 22 de julio las flamantes Cortes democráticas celebran su primera sesión solemne y conjunta. En su discurso el Rey dice: «Este solemne acto de hoy tiene una significación histórica muy concreta: el reconocimiento de la soberanía del pueblo español [...] La democracia ha comenzado, pero saben perfectamente que falta mucho por hacer, aunque se hayan conseguido en corto plazo metas que muchos se resistían a imaginar. Ahora hemos de tratar de consolidarla [...] La Corona desea, y cree interpretar las aspiraciones de las Cortes, una Constitución que dé cabida a todas las peculiaridades de nuestro pueblo y que garantice sus derechos históricos y actuales».

Bien, hasta aquí el relato somero de la aportación del Rey Juan Carlos de Borbón al proceso de Transición a la democracia, cuya culminación queda apuntada en los dos últimos párrafos de este texto. No es él el único autor de lo conseguido, pero nadie se atreverá a discutir que ha sido el autor principal y el promotor potentísimo de un proceso modélico. Esto y mucho más, que no procede contar aquí, es lo que tenemos que reconocerle y que agradecerle. Por todo ello, su ausencia en la ceremonia de conmemoración de lo conseguido hace 40 años dejó abierto un hueco infinito imposible de llenar.